



ORDENACIÓN DIACONAL DE LOS SEMINARISTAS

Andrés Benítez y Claudio Masutti.

Catedral Nuestra Señora del Rosario

Paraná, 7 de mayo de 2011

Queridos hermanos:

En este tiempo de Pascua, donde todo nos habla del amor de Dios Padre y de Su Hijo Jesucristo, vamos a ser testigo de la sobreabundancia de Su amor, que regala a Su Iglesia, a dos hermanos nuestros, que elegidos por el Señor van a ser configurados por la acción del Espíritu Santo, a Cristo servidor.

Dentro de unos momentos, van a ser ordenados diáconos, a ejemplo de Cristo, «que se hizo "diácono", el servidor de todos» Servidores gozosos del Padre celestial. Servidores de todos y **servidores en todo**, porque su existencia quedará marcada por el carácter del diaconado.

El Concilio Vaticano II en LG nos dice” que el diácono confortado con la gracia sacramental del orden sagrado, en comunión con el Obispo y su presbiterio, sirve al Pueblo de Dios, en el ministerio de la Liturgia, de la Palabra y de la Caridad.

Participa de una manera especial en la misión y la gracia de Cristo. Marcándolo con un sello (carácter) que nadie puede hacer desaparecer y que lo configura con Cristo que se hizo "diácono".

Se configura con Cristo. No basta una asimilación meramente sacramental o funcional, deberá serlo con toda su vida y en su modo de ser, teniendo sus mismos sentimientos, para lo cual deberá encontrarse personalmente, con Cristo vivo y real, desde la experiencia de la fe, que se acerca a través del Evangelio, se le hace presente en la Eucaristía y se comunica en la oración.

A partir de hoy, con la ayuda de Dios deberán obrar de tal manera que el pueblo fiel los reconozca como discípulos de Aquel que no vino a ser servido sino a servir.

Ya no se pertenecerán, van a ser propiedad exclusiva de Dios y de la Iglesia. El Santo Padre Benedicto XVI en su mensaje vocacional para este año decía al respecto: “los invita a salir de la propia voluntad cerrada en sí misma, de su idea de autorrealización, para sumergirse en otra voluntad, la de Dios, y dejarse guiar por ella”

¿Pero es posible una entrega así? ¿No es pedir mucho al joven del siglo XXI? ¿Vale la pena? ¿Serán felices?

El diácono, no deja de ser hombre, su vocación no ha cambiado las leyes de su naturaleza. Desea ser feliz, como todo hombre, por lo tanto necesita amar, sólo en el amor y en la fidelidad, el hombre se plenifica. Este es el drama de nuestro tiempo, no se cree en el amor, se lo vacía de contenido en el mejor de los casos o se lo caricaturiza de una manera trágica.

Los diáconos, en su camino hacia el sacerdocio, son llamados al amor, su vocación es **amar más**, es el sentido profundo del celibato al que hoy, con libertad y clara conciencia, abrazan. Están llamados a ensanchar sus corazones para ser capaces de amar a todo el mundo, sin excluir a nadie, para ser verdaderos discípulos de Aquel que en la Cruz nos enseñó el verdadero amor.

No es posible vivir el diaconado, si no hay un amor capaz de unificar y dar sentido a sus vidas, **sólo Jesucristo**, es la respuesta. En el fondo, esa es la esencia de la vocación diaconal: su identificación amorosa y vital con Cristo Servidor, que los ha llamado por amor, para pedirles su amor total y exclusivo: porque Él mismo nos dice con claridad que quien no sea capaz de darse a Él por encima de padre y madre... y hasta de su propia vida, no puede ser su discípulo.

Lo escuchábamos en el Evangelio de hoy “el que quiera ser grande que se haga servidor de ustedes, y el que quiera ser el primero que se haga su esclavo; como el Hijo del Hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud”¹ El Señor es muy claro, es el secreto de la grandeza del cristiano: servir.

Hoy, estos hermanos nuestros ustedes quieren consagrarse a hacer presente en el mundo de hoy, a Cristo Servidor. Esta llamada, supone el amor exclusivo a Cristo, que es la condición imprescindible para ser diácono, implica la vocación a amar a los hombres. Amarlos no de cualquier manera, sino como Él los ha amado, amor hasta la muerte, amor oblativo que exige el darse sin medida.

Sólo este amor a Jesucristo y por Él, al hombre, da sentido pleno y gozoso, a la vida del Diácono y así con su vida será para sus hermanos una señal que le recuerde que “Dios debe ser amado sobre todas las cosas y que debe ser servido en todo y antes que todo” (Ritual).

Queridos Andrés y Claudio: dentro de instantes descenderá el Espíritu Santo sobre ustedes para que fortalecidos con la Gracia y el carácter sacramental, puedan desempeñar el ministerio que la Iglesia les confiere.

Pongan la mirada fija en Cristo, contemplan Su rostro, no lo aparten de Él.

El secreto de la vocación, como dice Benedicto XVI, – “es la amistad con Cristo y la adhesión fiel a su voluntad. Cristo es **todo** para nosotros, decía San Ambrosio; y San Benito exhortaba a no anteponer nada al amor de Cristo. **Que Cristo sea todo para ustedes.** Ofrézcanles a Él lo más precioso que tienen, como recordaba el Beato Juan Pablo II: el oro de su libertad, el incienso de su oración fervorosa, la mirra del afecto más profundo.

Imiten su humildad y mansedumbre, virtudes imprescindibles de los verdaderos seguidores del Maestro, y propias del servidor, que confirma el compromiso de quien, en verdad, se sabe instrumento de Dios, dándole un arrojo pastoral impensable porque no mide los peligros según las propias fuerzas ni se atribuye los éxitos, ni se acobarda ante los fracasos, sino que refiere todo a Dios.

Imiten la pobreza del Señor, fomentando una confianza filial y plena en la Providencia de Dios, toda avaricia es una esclavitud, nos dice el Ritual. Sean pobres de espíritu, desapegando el corazón de lo material, evitando toda ostentación y viviendo como peregrinos en camino hacia la posesión eterna de Dios. La pobreza evangélica nos hace libres y mantiene el alma abierta a Dios y a los hombres. Pobreza que no es tanto la ausencia de bienes sino el desapego, la lucha contra el consumismo y el uso instrumental al servicio pastoral.

Imiten a Jesús que se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Esta es la ofrenda amorosa del don más grande de Dios al hombre: la libertad. Obediencia que no es la del esclavo, sino la que nace de la gloriosa libertad de los hijos de Dios: “porque no busco mi voluntad, sino la del que me ha enviado.

Imiten el corazón casto y puro del Maestro, con un amor totalizante y exclusivo que los mantendrá con una disponibilidad absoluta al servicio del Reino. Ensanchen el corazón, nada de lo humano les debe ser indiferente. Amen a todos y

que tenga un lugar preferencial en el corazón de ustedes los pobres, los enfermos, los más necesitados de Dios.

Seguramente aparece en ustedes una pregunta: ¿seré fiel a mi consagración? Dios es fiel y no abandona su obra.

La fidelidad es posible cuando uno se mantiene firme en las pequeñas **pero insustituibles fidelidades cotidianas**: sobre todo fidelidad a la oración y a la escucha de la Palabra de Dios; fidelidad al servicio de los hombres de nuestro tiempo, fidelidad a la enseñanza de la Iglesia; fidelidad a los sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía, que nos sostienen en las situaciones difíciles de la vida; fidelidad con un amor tierno y viril a la Santísima Virgen, la Servidora del Señor, nuestra Madre, que nos acompaña siempre en nuestro caminar.

Queridos Claudio y Andrés: También hoy, el seguimiento de Cristo es arduo; por eso les pido con todo afecto, aprendan a tener la mirada de Jesús, a conocerlo íntimamente, a amarlo con pasión, para que nada pueda separarlos de Él. .

En la oración consagratória que vamos a hacer dentro de unos momentos la Iglesia va a pedir para ustedes: *disponibilidad para la acción, humildad en el servicio y perseverancia en la oración*". Esto es lo que la Iglesia quiere de ustedes: disponibilidad, humildad y perseverancia.

Una disponibilidad que a impulso de la caridad pastoral los haga estar siempre muy atentos a las necesidades de los hombres y a las orientaciones magisteriales de la Iglesia; una actitud humilde que los haga reconocer con gratitud, que todo lo que tienen lo han recibido de Dios; y perseverancia siendo constantes en la oración y pacientes en el trabajo, soportando las debilidades humanas, propias y ajenas, y buscando siempre, no el propio provecho, sino el bien de aquellos que la Iglesia les ha confiado.

Con la confianza puesta en Dios, dispónganse al momento tan esperado, dispuestos a ser asumidos por el Espíritu Santo, dejándose santificar para santificar y animándose a navegar mar adentro y en nombre del Señor, echar las redes.

No quiero terminar sin agradecer a todos los que los han apoyado, para que puedan dar este paso. A sus familias, a los sacerdotes y comunidades de sus parroquias y a los que los acompañaron en sus actividades pastorales, a todos los que rezan por las vocaciones y muy especialmente a los formadores del Seminario Arquidiocesano.

Queridos hermanos: que Dios nos conceda muchas y santas vocaciones, fidelidad a los seminaristas y fortaleza a nuestros sacerdotes. Por estas intenciones, les pido la oración perseverante y confiada.

Que Dios nos bendiga a todos y que Nuestra Madre, la Servidora del Señor, por excelencia, les enseñe a los nuevos diáconos el modo de vivir en actitud de permanente “diaconía” y les revele que Ella quiere ser más Madre, para que ustedes, queridos hijos, seas más semejantes a su Hijo muy amado, Jesucristo Nuestro Señor, para la gloria de Dios y la salvación de los hombres.

Así sea.

+ Juan Alberto Puiggari
Arzobispo de Paraná

¹ Mt. 20, 26-28